

que pudiera encargarse de acompañarlas y aconsejarlas, y le fue concedido.

Como refiere Don Teodoro, el padre Torres falleció en olor de santidad, edificando a cuantas personas lo conocieron. Su entierro fue conmovedor y multitudinario, igual que la exhumación de su cuerpo y su traslado, pasados cinco años, al convento sevillano de las Hermanas de la Cruz.

Finalmente, el capítulo sexto recopila confidencias elocuentes sobre la fama de santidad del biografiado durante su vida, con ocasión de su muerte y tras ella. Descuella cómo este sacerdote vertió el bálsamo del consuelo, el ímpetu de su fe, la luz de la esperanza y el ardor de la caridad en aquellos que lo rodearon, animando siempre a las almas a estrechar en grado supremo la amistad con Cristo, haciendo de su Evangelio la brújula de su vida. La solidez de sus virtudes hizo que, desde el día de su fallecimiento, muchos fieles confiaran sus intenciones a Don José Torres Padilla y obtuvieran gracias y favores.

El proceso sobre la santidad de este ilustre clérigo se abrió solemnemente en Sevilla el 5 de mayo de 2014 y se clausuró el 23 de mayo de 2016, enviándose posteriormente toda la documentación a la Congregación para las Causas de los Santos. En este contexto se enmarca este libro, que está llamado a hacer mucho bien a cuantos lo tomen entre sus manos. Su lectura será un vigoroso acicate para acrecentar en ellos la sed de permanecer en Cristo y con Cristo, con la convicción de que la santidad no es algo del pasado, ni restringido a unos pocos, ni una meta inalcanzable. Es gracia y es tesón, en lo cual insisten los pensamientos del padre Torres, la humildad de santa Ángela de la Cruz y el testimonio diario de las Religiosas por ellos fundadas, que con su entrega cotidiana manifiestan al mundo que quien se enamora de Jesucristo logra colmar su vida de una felicidad que no declina.

Fernando CHICA ARELLANO

Ricardo ESTARRIOL, *Un corresponsal en el frío. Memorias de 40 años entre España y el Este de Europa*, Madrid: Rialp («Colección Biografías y Testimonios», s/n), 2021, 526 pp., 16 x 24, ISBN 978-84-321-6008-0.

Aparentemente este título tiene poco que ver con la religión, pero el autor (1937-2021) es un laico célibe, fiel numerario perteneciente a la prelatura del Opus Dei, quien nos ha dejado unas crónicas periodísticas junto a su personal testimonio cristiano. Este libro que podría parecer dispar combina milagrosamente toda una serie de relatos –llenos de datos y detalles– sobre la situación en Europa central y oriental en tiempos de la guerra fría, junto a una relación minuciosa de los comienzos apostólicos del Opus Dei en Austria, Chequia, Hungría, Eslovaquia, Polonia, Croa-

cia, Eslovenia, Rumanía y algunos otros países balcánicos. Esta mezcla es posible gracias a lo que el fundador de la Obra llamaba la «unidad de vida», que combina –como escribe el periodista– las «diversas capas de una misma realidad que de alguna forma era siempre un desafío para mi vida de cristiano al servicio de Dios y de los hombres» (p. 346). Todo ello, en parte, gracias a su trabajo de corresponsal del periódico barcelonés de *La Vanguardia*. Comienza esta «maravillosa novela de amor y aventuras» –como definía san Josemaría la vocación– con sus orígenes con los *boy-*

scouts de Girona prohibidos por el franquismo, donde conoció esta entonces nueva institución eclesial por una desestructurada red de relaciones de otras personas, que igualmente conocieron este carisma y fueron llamados a formar parte de él. En este sentido, llama la atención también la libertad con que Estarriol expone sus ideas políticas más bien poco alineadas.

Así, tras los estudios de derecho y periodismo en Barcelona y Santiago de Compostela, dirigirá sus pasos a Viena, llamada por san Josemaría la «puerta de oriente». *Richardt* –como le llamarán en tierras austriacas– describe con un estilo pragmático y poco literario, si bien dotado de realismo y sentido del humor, los comienzos del Opus Dei en Austria: los viajes de san Josemaría en 1949 y 1955, la intercesión de la advocación de María Pócs, la relación con la jerarquía, especialmente con el cardenal König, así como algunos personajes destacados como Hans Urs von Balthasar. Por motivos profesionales, Estarriol debió dirigir sus pasos también a los países del este europeo, entonces bajo la ideología comunista, por lo que nos ofrece también una detallada crónica de la persecución religiosa en estas tierras no exentas del testimonio del martirio y de la heroica confesión de la fe. Junto a una descripción particular de la «Iglesia del silencio», de la *Ostpolitik* llevada a cabo por Casaroli, desfilarán por estas páginas nombres como Wyszynski, Wojtyła, Myindzensty, entre otros muchos, así como una lista interminable de espías, comunistas, colegas, eclesiásticos, y gente corriente y distinguida. Una tupida red de relaciones que Dios aprovechará también para difundir el mensaje y la espiritualidad del Opus Dei en estos países. En este sentido llama la atención cómo la difusión incluso clandestina de los escritos del fundador de la Obra llegaban a todas esas tierras en las más variadas lenguas.

Estas páginas se mueven pues entre lo histórico y lo testimonial, aportando interesantes datos a nivel general y eclesial al mismo tiempo. Especial interés presenta la figura de Juan Pablo II y su conocido papel en la caída del comunismo en el entonces llamado este de Europa: «Cuando el cardenal protodiácono Pericle Felici anunció en la plaza de San Pedro a las 18,45 del 16 de octubre de 1978 que el nuevo Papa sería un polaco, se cerraba una etapa no solo de la historia de Polonia, sino también de la historia europea y mundial» (p. 237). Fue asimismo testigo presencial de los acontecimientos de 1978 ocurridos en Gdansk, que desencadenará toda una serie de acontecimientos de proporciones difíciles de valorar (cfr. pp. 253ss.). En la historia eclesiástica particular resulta de especial interés la detallada crónica externa del trabajo desarrollado por el cardenal König en la erección del Opus Dei como prelatura personal; en concreto, la noticia de los ocho encuentros que el beato Álvaro del Portillo mantuvo con el cardenal vienés. Poco tendente a la idealización, Estarriol no deja de reseñar tanto las dificultades en la difusión del carisma de su institución, como los agravios polacos a los ucranianos en 1945 y 1947, así como la detalladísima relación de los acontecimientos antes y durante la guerra de los Balcanes a partir de 1991. En definitiva, vemos en estas páginas un libro muy personal, donde aparece un buen ejemplo del apostolado por medio del trabajo profesional y las increíbles consecuencias que este puede tener. En este sentido se entiende la definición que daba san Josemaría al mundo como «un mar sin orillas». Hubiera sido sin embargo de agradecer un índice onomástico para localizar los innumerables nombres que aparecen en esta apasionante crónica.

Pablo BLANCO